

Grupo 5: ENCUENTRO DEL “SENADO” DE SABIOS

3 de junio de 2020. Videoconferencia de 16:30 a 18:30.

Lo que sigue es un resumen del Encuentro telemático de “sabios” (el “Senado”) celebrado hoy elaborado por Pablo Genovés, coordinador de apoyo a la innovación. No tiene pretensión de acta. Se dieron problemas de audición en algunas intervenciones..

+++ PARTICIPANTES +++

- Agustín Serrano de Haro (Filosofo titular CSIC)
 - Benjamín Cano Domínguez (arquitecto y artista)
 - César Nombela (microbiólogo. Ex Rector UIMP)
 - Consuelo Madrigal (ex Fiscal General del Estado)
 - Luis Hernando de Larramendi (presidente de Acción Social Empresarial)
 - Manuela Carmena Castrillo (exalcaldesa de Madrid)
-
- Saludó y agradeció la participación Don Carlos Osoro Sierra (Cardenal arzobispo de Madrid).
 - Moderó José Luis Segovia Bernabé, Vicario episcopal para el Desarrollo Humano Integral y la Innovación. Tras la primera ronda de intervenciones, resumió el trabajo de los 5 grupos que la Iglesia de Madrid ha convocado para mirar al futuro.

+++ SÍNTESIS +++

A

- No tenemos un mapa de la pandemia, ni un mapa de la pospandemia.
- Sí ha habido la vivencia -personal y, según y cómo, comunitaria- de un acontecimiento nuevo, imprevisto, planetario, condicionante...
- La pregunta es *si esa vivencia somos capaces de convertirla en experiencia*. Una experiencia que interpele y articule el sentido -y el sin sentido- de lo vivido. Es cierto que sin vivencia no hay experiencia, no hay comprensión. Pero es igual de cierto que la sola vivencia no lleva a la comprensión sin un esfuerzo de reflexión, de lucidez.
- De ahí el peligro de que, en unos meses, todo haya quedado reducido a una vivencia, una más.
- En esta vivencia se pueden encontrar como significativo -capaz de sentido- algunas revelaciones elementales:
 - La interdependencia de todos con todos.
 - La desatención previa a algo que sabíamos que podía ocurrir, a algo que era obvio pero que nos parecía trivial. Parecía trivial comparado con lo que de verdad centraba nuestra atención:

nuestra sensación de que el *Homo Sapiens* estábamos logrando convertirnos en *Homo Deus*. Y esto no a través de un programa ordenado y lógico de acción, de actuar personal y social, sino usando una mera descripción científica-económica-capitalista de qué somos, y en la cual nuestro cuerpo es sólo una serie de datos que podemos manipular para ir controlándolo.

- Pero aparece la pandemia y ese discurso queda en entredicha con la vida cotidiana que hemos estado viviendo. Y se cae por los suelos la visión de que el proceso civilizatorio son una serie de trenes que van velocidades diferentes, pero que todos acabarán llegando.
- Y, así, debería aparecer una reflexión que indique que la pandemia es una señal, un signo que apunta a situaciones globales muy graves. La pandemia no es en el fondo una crisis de salud, sino una crisis de la enfermedad de nuestro mundo en temas sociales, ambientales, axiológicos...
- Y, desde esa reflexión, descubrir que lo que necesitamos no es tanto una renovación técnica como una revolución ético-política. Y esta revolución no es ni tecnificable ni delegable.
- La Iglesia tenemos que instar a esto, a esta aventura de todos que, primariamente, es una aventura personal. Y hacerlo en medio de un mundo herido.

- En la segunda ronda de intervenciones¹ insistió en el valor que tiene el sufrimiento compartido... si se sabe aprovechar: ¿esa experiencia de sufrimiento compartido aumentará el vínculo social, o seguiremos en una sociedad que vive el encuentro en las redes y a través de internet?
- Advirtió también de la fuerza que tiene la inercia a volver a “lo normal” de siempre (de hecho, duda mucho de que lo de “saldremos más fuertes” sea algo más que un eslogan),

B

- Hemos vivido en una sociedad que recuerda la llamada Gripe española. Y la recuerda como algo que se fue como vino.
- Hemos vivido la sociedad de Instagram, donde seguir la pura imagen de, por ejemplo, 734 personas, es seguir a muy poca gente.
- Hemos vivido la sociedad donde, contra toda lógica, se compran -y caros- pantalones rotos.
- Hemos vivido los tremendos datos del aborto-desde 1985, dos millones y medio-, defendido desde un feminismo mal entendido (mi cuerpo es mío).
- Hemos vivido una sociedad en la que somos especialistas en olvidar.
- Mi suegro decía que tendría que haber un “Ministerio del Cambio”. Ministerio que se guiara por la sabida historia de que si queremos hervir a una rana y, sin más, la echamos en agua hirviendo, la rana escapará de un salto, pero que no se enterará si la metemos en agua fría y hacemos que el calentamiento del agua sea progresivo.
- Sólo así se desvelará que esta crisis que estamos viviendo está destapando situaciones que no han aparecido inopinadamente, sino que han venido siendo progresivas y acumulativas.

¹ Tanto aquí como en todas las segundas intervenciones de los participantes, se nota en cada quien referencias a cosas dichas por otros. Eso no queda claro en esta forma de maquetar las notas de la reunión, pero se ve al leerlas completas.

- Tenemos que poner matices a lo de que somos Homo Sapiens. Lo somos. Pero ese “sapiens” no se reduce a meras explicaciones científico-técnicas. Ellas no son capaces de explicarnos la realidad, por ejemplo, del amor. O nuestra necesidad de apertura al Misterio.
 - Por eso nos toca anunciar el don de la persona, la persona por encima de todo, incluso del Espíritu²: lo sacratísimo de la persona.
 - Y nos toca empujar esa apertura al Misterio que decía antes.
 - Apertura que lleva a abrirse al agradecimiento, porque se descubre que la vida no está predeterminada, sino que puede ser de otra manera, que el cambio es posible.
- Nada de eso será posible si no retomamos el camino de lo pequeño, del silencio, de la contemplación...
- Ese camino empuja hacia algo tan esencial como la celebración, la celebración de la vida y de la fe.
- Es necesario comprendernos como Planeta, pero potenciando lo local.
- Que el virus nos encuentre conscientes.

- En la segunda ronda de intervenciones comentó que el deterioro de las instituciones ¡y de la persona! es algo medular, no es coyuntural. Por eso hay que insistir en la dignidad inalienable de la persona en cuanto comunitaria y viviendo en una casa común.

C

- Hay una novedad en esta pandemia que tendríamos que meditar: es la primera pandemia que hemos vivido en línea por internet.
- Hemos contestado a la pregunta de “qué hacer” desde diversos ámbitos. Pero hay que recuperar que tal pregunta es, esencial e ineludiblemente, una pregunta ética.
 - Por ser una pregunta ética, hay que partir de una cosmovisión concreta. No todas las cosmovisiones son iguales.
 - Y esa cosmovisión tiene que aportar unos principios inspiradores de y para la vida. Esto es, una bioética.
 - Principios que impulsen el compromiso radical no sólo con los humanos, sino con la dignidad absoluta de todos y cada uno de esos humanos (y no convertir muertos en estadísticas, y no decidir que a un anciano, por serlo, dejamos de atenderle, y etcétera).
 - Principios que incluyan el cuidado de la naturaleza como casa común. Un cuidado en el que el conocimiento científico debe aportar el cómo usar correctamente la tecnología. Y en el que la Iglesia ponga como camino ineludible el que sea toda la humanidad la que se beneficie de los avances, mostrando las carencias sociales nuestras y de todo el mundo.
 - Y, en fin, unos Principios con un compromiso insobornable con la verdad. Por tanto, con la libertad, con el derecho a la información, y con el derecho a la verdad.

² Escribo “Espíritu” con mayúscula, pero no entendí bien si se refería a eso el interviniente.

-
- En la segunda ronda de intervenciones recordó que todo esto podíamos haberlo previsto si, de verdad, hubiéramos estado atendiendo a lo importante, y no a aquello que nos dice esta sociedad que hay que mirar.

D

- No sabemos cómo será la sociedad pospandemia. Pero sí sabemos que partimos de una sociedad herida: por el dolor y por el miedo, por el aislamiento, por la pérdida de la proximidad (entendida no sólo como algo material).
- Y desde ahí necesitamos promover una experiencia (en el sentido dicho por Agustín) que provoque un cambio en cómo vemos las cosas.
 - Ese cambio en la forma de ver las cosas tiene que apoyarse como una experiencia común, no sólo de algunos “selectos”. Se trata de que todos amplíemos la conciencia.
 - Ese cambio no vendrá sin reflexión y sin debate.
 - ¡Pero tampoco sin compasión! Compasión ante las consecuencias sociales de lo que ha pasado.
 - Se trata, pues, de unir e interrelacionar conciencia y compasión. Conciencia <--> Compasión.
- Para ello, hay que recuperar la conciencia de la fragilidad del cuerpo, la conciencia de la mortalidad. No en una forma angustiada y haciendo que todo suene a muerte.
 - Esa conciencia no puede ir justificada sin más por mitologías fáciles (vida eterna, sufrir aquí para gozar después...) y sin mecanismos elusivos que, además de no funcionar, incluso terminan influyendo en el derecho de cada quien a configurar nuestra propia vida aun sin olvidar nuestra fragilidad.
 - Y no se olvide que ejercitar ese derecho haría que viviésemos mejor.
- No se puede olvidar el afrontar la crisis económica. Pero no sólo desde meros criterios técnicos. Para hacerlo en la línea correcta necesitamos un rearme moral. Y ese rearme pasa por la solidaridad, en lo personal y en la ética pública (que será de mínimos, pero debe incluir a la solidaridad como “versión laica” de la compasión).
- Y tocará traducir eso a lo jurídico y lo normativo. Traducir a esos campos qué es hacerse cargo del otro y del mundo, el otro frágil, el mundo frágil.
- Se trata, en fin, de cuidar, CUIDAR con mayúsculas³.
 - Cuidar el propio cuerpo y el cuerpo común.
 - Cuidar pagando a las instituciones cuidadoras, y a los políticos cuidadores.
 - Cuidar muy especialmente las libertades. Hay que aceptar planteamientos colectivistas en este campo, pero la individualidad es irremplazable en esos planteamientos.
 - Y, sobre todo, descubrir que yo he de ser cuidador.
- La Iglesia tiene que poner su mensaje al servicio de la sociedad, y hacerlo con el lenguaje de la sociedad, que es la Ética (el del estado es el Derecho). No cualquier mensaje. El mensaje mejor que tiene: el evangelio, y mejor cuanto más desnudo, menos “eclesializado”.
- Revalorizar no sólo la solidaridad, sino también la compasión, universalizándola.

³ Sin tener durante 4 semanas a ancianos mayores de 80 sometidos a un triage meramente practicista.

- Hablando, sobre todo, con sus acciones al lado de los débiles... y de sus cuidadores.
- Ayudando a quitar ira y confrontación (que siempre favorecen al poderoso y merman al débil), fortaleciendo el reconocimiento del otro.

- En la segunda ronda de intervenciones enfatizó que esta crisis hay que saber aprovecharla para afrontar otras antes de que sean “pandemia”. Puso el ejemplo de cómo la revolución tecnológica puede, si no se orienta bien, dejar sin trabajo al 70% de la población.
- Comentó que la ética pública exige una ciudadanía activa. Esa ciudadanía activa existe, ¡pero no ha sido articulada! Y ahí hay una tarea para la Iglesia, aun sabiendo, que una ciudadanía activa es un “coñazo” para las instituciones (también para la Iglesia).
- Por eso la Iglesia ha de ayudar a recuperar la palabra olvidada de la triada revolucionaria: Fraternidad (junto a Libertad e Igualdad). La fraternidad es la raíz de la solidaridad. Y es que la Justicia no lo es todo: es la Caridad-Compasión la que nos hace crecer en igualdad.
- Y doña Consuelo apeló también a la necesidad de que la Iglesia retome y recupere la belleza. Se necesitan nuevas imágenes -en el sentido más amplio- en todos los campos del arte.

E

- Lo que va a ocurrir:
 - Se va a valorar más la libertad.
 - A la vez, se admitirá que la libertad se supedita a algo común.
 - Se crecerá en el entendimiento de que la salud está supeditada a los recursos de que se disponga.
 - Habrá una mayor conciencia de la vulnerabilidad.
 - Lo que hay que fomentar:
 - Que la muerte no sea un tabú (como era antes el sexo). Recuérdese la portada del New York Times y, en cambio, el debate de algunos criticando la foto de la morgue en la portada de El Mundo.
 - Se valorará más la solidaridad. Se han visto tantas y tantas acciones de pequeñas empresas de parroquias, de vecinos...
 - También se seguirán descubriendo las posibilidades buenas del teletrabajo.
 - Y se redescubrirá el valor de los trabajos “de segunda.
- Lo que hay que fomentar:
 - Las virtudes, como camino de una conducta tendente a hacer el bien. Virtudes personales, cívicas, y sociales: ser servicial, laborioso, responsable, y sin olvidar el ser tolerante.
 - El apoyo a los emprendedores, y a la iniciativa privada. Son ellos los que crean riqueza, y posibilitan que la ciudadanía, con sus impuestos, sostengan los servicios públicos.
- El papel de la Iglesia:

- El dar a conocer teórica y prácticamente la DSI -la gran olvidada-, especialmente sus 6 principios fundamentales.
- El desarrollar la dimensión sociopolítica de la fe, especialmente en el tender puentes entre laicos de distintas opciones y visiones (recuérdese a Voltaire: “*No estoy de acuerdo con lo que usted dice, pero defenderé con mi vida su derecho a decirlo*”⁴).
- El mostrar que debemos dar gracias por la sociedad en que vivimos.
- El ayudar a que se entienda que, a pesar de las llamadas a la austeridad, la única forma de relanzar la economía es aumentar el consumo.
- El mostrar que la fe no es una carga moral, sino un camino para ser feliz.
- El hacer ver que el ser humano somos capaces de lo mejor y de lo peor, ni somos dioses ni somos diablos.

F

- El caso es que ya hemos vivido pandemias. Parece que nadie recuerda los años del SIDA. Y tenemos pandemias actuales, por ejemplo, la contaminación. Y gastamos en armamento y en desarrollos más que discutibles.
 - Pero se ve que nunca hacemos un análisis de esas situaciones. Y, así, surge la pregunta de cómo es posible (con esta pandemia y con todo lo demás) que no viéramos lo que podía pasar, que no veamos lo que puede pasar. La pregunta de por qué no atendimos a todo esto y sí a otras cosas.
- Nos toca sacar enseñanzas:
 - La enorme fuerza de la sociedad civil. Mostrada, es sólo uno de los ejemplos, en la aparición de las redes vecinales.
 - A la par, el fracaso de las instituciones y de la administración y sus miles de funcionarios, mostrando una estructuración y funcionamiento anquilosado y que no ha sabido modernizarse ni hacerse eficaz ante esta situación. No ha sabido dirigir la solidaridad cívica, no ha sabido darle carriles para facilitar su movimiento.
 - Cuanto más horizontal es una estructura, mejor funciona. La verticalidad imperante en nuestras estructuras se ha mostrado ineficaz.
 - La ciudadanía debe ser escuchada, cierto, y hay que abrirse a sus sugerencias. Pero no sólo: la ciudadanía puede y debe actuar. Y eso también es el necesario cuidado de la democracia que debemos tener. La clase política es una clase deteriorada, es el momento de buscar cómo dar paso a la sociedad civil.
 - Necesitamos dejar claro que el último -la víctima- ha de ser el primero.
- En cuanto a la Iglesia, además de agradecer que me haya invitado a este encuentro, digo que ha de asumir su dimensión social (sin que eso suponga descuidar la espiritual). Pero hacerlo articulándose con la sociedad civil y, atención, articulando a la sociedad civil.

⁴ *Nota del secretario*. En realidad, es una atribución incorrecta. La frase pertenece a un diálogo ficticio, y la pone en boca de Voltaire una de sus biógrafas, la británica Evelyn Beatrice Hall, en su libro *Los amigos de Voltaire* (que publicó en 1906 con el seudónimo de Stephen G. Tallentyre).